

Tema Central

¿Globalización liberal o imperialismo global?

Cinco piezas para armar el rompecabezas del presente

Fernando Coronil

En este ensayo intento explorar algunos elementos de la configuración actual del poder a escala mundial y discutir conceptos que permitan caracterizar y cuestionar sus formas de dominio. Si no es fácil examinar y nombrar al elusivo presente, pues este nos sorprende con caras nuevas justo cuando creíamos que ya nos era familiar, los sucesos del 11 de septiembre de 2001 sin duda rompieron el ya inestable piso desde el cual lo identificábamos e imaginábamos sus posibles futuros. Aun cuando algunos adviertan que una desproporcionada sensación de cambio es frecuente entre quienes han vivido desgarradoras tragedias políticas, es ya un lugar común, sobre todo en Estados Unidos, representar al 11 de septiembre como un hito histórico que ha transformado el orden mundial. Si todo cambio, real o imaginado, invita a repensar la historia, esta crisis obliga a hacerlo. ¿En qué forma los eventos desencadenados por el ataque del 11 de septiembre en Nueva York y Washington iluminan la configuración mundial del poder? ¿Cómo se constituyen las diferencias geohistóricas y culturales en la actualidad? ¿Cómo representar al presente?

Comentario
Internacional

Número 5
I semestre 2004

103

Tema Central
Fernando Coronil

I. 11 de septiembre: Globalización e Imperialismo

Traigo a la memoria otro caso de violencia política, ocurrido también un 11 de septiembre, para enmarcar el tema que exploro en este ensayo. Hace casi tres décadas, en otro 11 de septiembre y en otra nación, muchos otros también murieron como resultado de un ataque aéreo apoyado por agentes extranjeros contra edificaciones cargadas de significado político y simbólico. En este caso se bombardeó el palacio presidencial, lo que desencadenó la muerte del presidente electo, el derrocamiento de un gobierno constitucional y la posterior muerte de miles de personas, como consecuencia de la represión estatal del nuevo régimen. Este otro 11 de septiembre ocurrió en el sur, en Santiago de Chile, y es olvidado hoy en el norte por quienes hacen de este 11 de septiembre un hito histórico. Si observamos el 11 de septiembre de 2001 desde una perspectiva que incluye el 11 de septiembre de 1973 entenderemos mejor el significado de cada fecha y la historia común que las une.

Si lo usual es interpretar al 11 de septiembre de 1973 como una manifestación del imperialismo norteamericano en un mundo dividido entre dos potencias, lo es también ver los eventos del 11 de septiembre de 2001 como una expresión de la globalización de la violencia en un mundo crecientemente integrado por el mercado. En 1973 la violencia política de la llamada “Guerra Fría” era la expresión de la competencia entre poderes imperiales y los pueblos del tercer mundo. En 2001, después de la disolución de la lucha entre el socialismo y el capitalismo, la violencia política aparece como producto de la acción de múltiples agentes en el interior de un mundo unificado, sin mayor orden o agente central. Es esta violencia difusa, sin origen definido y sin reglas, la que parece haber explotado el 11 de septiembre de 2001.

La sensación de una violencia globalizada, desatada por los sucesos del 11 de septiembre reciente, se apoya en ciertos fundamentos, entre los cuales quiero destacar tres. El primero tiene que ver con el lugar donde ocurrió. Es evidente que aunque debería ser igual, no es lo mismo que miles de personas mueran como resultado de una acción política en Panamá, Bosnia o Uganda a que esto ocurra en Estados Unidos, sobre todo en su corazón financiero y político. El segundo tiene que ver con las víctimas de la violencia.

No es igual que mueran personas involucradas en luchas políticas a que la muerte sorprenda a ciudadanos en sus quehaceres cotidianos, a pesar del parentesco tan cercano que estos puedan tener con las víctimas inocentes que toda guerra convencional inevitablemente acarrea, lo que se ha llamado antisépticamente en el lenguaje militar de Estados Unidos “collateral damage”. El tercero concierne a los agentes políticos. Es muy distinto que miles mueran como resultado de la violencia estatal, inclusive del terrorismo estatal, a que sean víctimas de manos invisibles o difícilmente identificables.

La violencia política, que antes estaba estrechamente asociada a la gestión estatal, ahora aparece vinculada a la acción de variadísimos agentes privados, sin regulación nacional o internacional. Con la globalización neoliberal, pareciera que no solo todo tipo de mercancías, sino aun la violencia, se hubiesen liberado de la tutela y regulación estatal. A un mercado que se presenta como el reino de la circulación libre de todo bien, corresponde ahora lo que podríamos llamar un mercado libre de la violencia política.

Si complementamos esta caracterización del ataque con una también breve observación sobre el contraataque, los eventos del 11 de septiembre adquieren un sentido más complejo. El gobierno de Estados Unidos ha reaccionado declarando una guerra sin fin contra un enemigo sin fronteras, identificado como un mal difuso y generalizado, que aunque opera en naciones con el posible apoyo de sus estados, las trasciende; el terror aparece ahora como un enemigo mundial y sin fronteras. La primera fase de esta guerra interminable es una batalla contra Bin Laden y sus aliados. Ignacio Ramonet dice que esta es la primera vez que un Estado declara una guerra a una persona.

La yuxtaposición de estos dos 11 de septiembre permite notar ciertas diferencias entre ellos, pero también una historia común. El ataque contra Salvador Allende fue una de las manifestaciones más reconocidas del poder imperial estadounidense en las Américas. Una alianza de agentes internos e internacionales pudo realizar el golpe porque contó con la ayuda logística de la CIA y del apoyo político del gobierno de Estados Unidos. Como es sabido, el desarrollo de Estados Unidos como poder imperial mundial ha tenido como condición su control del hemisferio americano. Podemos marcar este proceso de control hemisférico con la conquista por parte de Estados Unidos de la mitad de México a mediados del si-

glo diecinueve y por su control en 1898 de Puerto Rico y Cuba (y fuera del hemisferio, de Guam y las Filipinas). El protagonismo militar y político de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial dio pie a la expansión ya global de su poder después de la guerra y a su consolidación como líder del mundo "libre." Si 1898 marca el paso del mando imperial sobre las Américas de Europa (especialmente Gran Bretaña) hacia Estados Unidos, 1945 señala el inicio de la hegemonía mundial de este país. En el marco de la Guerra Fría, cuya expresión más dramática fue la guerra en Vietnam (que demostró tanto el poder imperial de Estados Unidos como sus límites), lo que ocurrió en Chile abrió las puertas al modelo de economía neoliberal, que de receta económica para el tercer mundo se ha convertido en una cosmovisión mundial. El ataque del 11 de septiembre de 2001 debe entenderse como una respuesta lamentable a la imposición de esta cosmovisión.

Es significativo que el ataque haya ocurrido contra dos símbolos complementarios del poderío estadounidense contemporáneo: el Estado, representado por el Pentágono, centro de su poder militar nacional, y el mercado, representado por el World Trade Center, centro de su poder económico mundial. Los eventos desencadenados a partir del 11 de septiembre de 2001 revelan el protagonismo no solo de agentes políticos relativamente independientes, sino también de los estados metropolitanos; la violencia surge a la vez de manos privadas y públicas, en forma generalizada y concentrada. Los gobiernos europeos han reconocido el liderazgo de Estados Unidos y brindado apoyo a su visión del orden mundial. La guerra en Afganistán contra Bin Laden es solo un primer teatro de operaciones de una confrontación en múltiples formas que amenaza con extenderse a otros frentes, incluyendo a Estados Unidos, cuya población ya ha perdido importantes derechos civiles. El desarrollo de estos eventos hace evidente que la privatización y estatización de la violencia no son elementos definitorios de distintas fases o épocas, sino facetas simultáneas o complementarias de un mismo proceso.

Dado el papel del Estado y del nacionalismo en la violencia actual, es curioso por tanto, que en el occidente las discusiones sobre los sucesos desencadenados por el ataque del 11 de septiembre de 2001 se hayan enfocado en la violencia privada y que sea su aparente anarquía la que tienda a definir el sentir público, mientras que la guerra convencional desatada por el gobierno estadouniden-

se aparece bañada por un aura de normalidad y legitimidad. Si reconocemos también la violencia estatal, sería difícil desconocer el papel imperial de Estados Unidos como guardián del orden mundial actual. Es revelador que ese papel imperial está siendo celebrado cada vez más abiertamente por muchos de los defensores de la política internacional estadounidense. Irónicamente, la palabra “imperio” ha reaparecido ahora en el lenguaje político con signo positivo, mientras que el término “imperialismo” es notorio solo por su ausencia. Quien lo menciona siente la necesidad de justificar el uso del término, como lo hace Rossana Rossanda cuando en respuesta a los sucesos del 11 de septiembre de 2001, dice “soy antimperialista, otra palabra que me parece signada al ostracismo” (2001, *Il Manifesto*).

II. El ocaso del imperialismo

Este ostracismo del imperialismo del discurso público, sin embargo, lejos de ser sorprendente, no hace más que confirmar una paradoja de nuestros tiempos. Es justamente ahora cuando el planeta está más sometido a la hegemonía del capitalismo a nivel mundial, cuando el imperialismo, una categoría que surgió para explicar procesos de dominación mundial ligados a la expansión capitalista, ha dejado de estar de moda. Especialmente en los centros metropolitanos, pero no solo en ellos, el sentido común actual es que el imperialismo es algo del pasado. El uso de este término nos remonta a la época que termina en las décadas exaltadas de los años sesenta y setenta, un período de confianza en las ciencias y los saberes cuyas certidumbres alimentaban a la pasión política y a la fe en las utopías. En el campo de las ciencias sociales era la época en que los grandes relatos —los relatos liberales de la modernización o los marxistas de la transformación socialista— gozaban de un auge en su credibilidad y popularidad. En contraste, es en este período de dudas postmodernas y de desconfianza en las utopías, cuando el capitalismo aparece como el único horizonte posible y Estados Unidos consolida su posición de poder hegemónico mundial, según ha notado un analista, “uno necesita un microscopio electrónico para encontrar la palabra ‘imperialismo’ usada para describir el papel de Estados Unidos en el mundo.” (Cumings, 1993: 47; Joseph, 1998: 6).

En el mundo académico, el vuelco hacia los varios “posts” y

Comentario
Internacional

Número 5
I semestre 2004

107

Tema Central
Fernando Coronil

“giros” ocurrido a partir de los años ochenta (el post-estructuralismo, el “giro lingüístico”, etc.) abrió un espacio para los estudios culturales, los cuales, como ha notado acuciosamente Gil Joseph, se han dedicado principalmente a la investigación de aspectos culturales del trino-mio clase, género y raza, en áreas bastante delimitadas (1998). Por otra parte, en el campo de los estudios postcoloniales es común indicar que el “post” no indica un cambio de etapa, un “después,” sino más bien un nuevo enfoque. Sin embargo, los autores y trabajos que han definido este campo se han centrado en el período colonial.

Quiero destacar tres aspectos de esta paradójica exclusión del imperialismo. Primero, el campo de los estudios postcoloniales ha tenido su auge en los centros metropolitanos precisamente durante el crepúsculo del colonialismo como realidad histórica. Segundo, las formas de subyección que han afectado a las ex-colonias como naciones formalmente independientes han recibido solo atención tangencial por parte de los estudios postcoloniales metropolitanos, los cuales se han enfocado en la experiencia colonial de Europa nor-occidental en Asia y África. Tercero, la amplia literatura producida en las Américas sobre su experiencia postcolonial, caracterizada precisamente por el intento de relacionar las cambiantes formas del imperialismo colonial y postcolonial, brilla por su ausencia en los estudios postcoloniales metropolitanos, lo cual ha contribuido a mantener en la oscuridad de los márgenes a la investigación sobre formas de dominio postcolonial.

Este último punto merece destacarse. Basta una somera revisión de las compilaciones de los textos postcoloniales canónicos, como ha notado agudamente Peter Hulme, para observar que en ellas las Américas aparecen tan solo marginalmente, si es que aparecen. Esto no deja de ser sorprendente, dado el papel de las Américas en la formación del colonialismo moderno así como su compleja historia postcolonial. Después de una larga experiencia colonial bajo el dominio de los primeros poderes imperiales de la época moderna, España y Portugal, pero también en menor escala de Francia, Inglaterra y Holanda, América Latina y el Caribe han confrontado desde la independencia de la mayoría de sus países en 1825, a distintas modalidades del imperialismo británico, estadounidense e inclusive soviético, si incluyesemos bajo esta categoría, como han hecho algunos observadores a pesar de su evidente diferencia, a la relación de la Unión Soviética con Cuba. Desde finales del siglo XIX,

América Latina y el Caribe han sido el territorio donde Estados Unidos ha ejercido con mayor intensidad su dominio imperial, aun después de haber surgido luego de la Segunda Guerra Mundial como el poder hegemónico mundial.

En la medida en que los estudios culturales y postcoloniales han abordado al imperialismo, lo han hecho enfatizando la cultura imperial del pasado. A pesar de que el “post” de los estudios postcoloniales indica un cambio de enfoque y no un “después,” esa mirada al pasado por parte de quienes han iluminado tanto a los mecanismos del poder en la época colonial, sobre todo en sus aspectos culturales, hace que los modos de dominio en la era literalmente post-colonial permanezcan sumidos en una cómoda oscuridad. Como resultado de esta tendencia, no solo la relación entre el colonialismo y el neocolonialismo o entre el imperialismo colonial y el nacional han dejado de ser tópicos centrales, sino también la economía política del imperio y la política misma.

Aparte de que es obvio que las agendas intelectuales no se definen solamente por criterios de relevancia, el desvanecimiento del imperialismo como categoría en esta época de globalización galopante hace aún más extraño el misterioso movimiento de las modas intelectuales. ¿Qué determina que ciertos tópicos y modos de análisis sean canonizados mientras que otros sean marginados o caigan en la oscuridad? ¿A través de qué canales la teoría “viaja” entre disciplinas académicas y zonas geopolíticas de desigual poder? ¿Qué poder hace que los intelectuales, de la misma forma como adaptamos nuestros vestuarios a las cambiantes modas, aunque no siempre se ajusten a nuestros gustos o deseos iniciales, terminemos empleando más o menos el mismo discurso y hablando de las mismas cosas? Si el conocimiento se viste de inocencia, es solo porque oculta bajo sus ropajes las relaciones de poder que lo hacen posible. Por ello es imperativo entender las múltiples operaciones a través de las cuales formas regionales de conocimiento se universalizan, transformando el sentido de unos pocos con mucho poder en sentido común.

En vez de aceptar el supuesto sentido común dentro del cual nadamos impulsados por poderosas corrientes que se hacen invisibles por familiares, es necesario interrogar sus supuestos con el fin de construir un sentido histórico realmente común, es decir, un sentido no excluyente, genuinamente democrático. Dado el juego de intereses en los centros culturales y académicos metropolitanos,

no es extraño que corrientes normalizadoras segreguen en campos aislados al estudio del colonialismo y del imperialismo. En contraste, en América Latina y el Caribe, una larga experiencia postcolonial caracterizada por renovadas formas de subyugación política internacional y permanentes exclusiones internas hace que las corrientes del pensamiento crítico fluyan con mayor naturalidad hacia el estudio de la relación entre la subordinación en el pasado y el presente.

III. Desde las Américas

En las Américas hay una larga tradición, tanto intelectual como política, que ha explorado la estrecha relación entre el colonialismo y el neocolonialismo, entre el dominio político directo ejercido por España y Portugal y el control económico ejercido por Inglaterra, Estados Unidos y otros centros metropolitanos. Esta preocupación, presente ya en los planteamientos de los primeros libertadores, como Toussaint Louverture y Simón Bolívar, encuentra clarísima expresión en José Martí, por cuanto en Cuba la lucha contra el decadente colonialismo español a finales del siglo XIX coincidió con la confrontación con el emergente imperialismo estadounidense. También aparece en los trabajos de pensadores sociales latinoamericanos de la primera mitad del siglo veinte que confrontaron las dificultades de realizar el proyecto nacional —por ejemplo, José Mariátegui y Raul Prebisch— así como en los de la segunda mitad cuando un grupo de científicos sociales empezó a ver la dependencia como una condición estructural difícil de romper, como en los pioneros trabajos de Aníbal Quijano y Fernando Henrique Cardoso de la década del sesenta. Esta tradición encuentra una rica expresión en la novelística, como por ejemplo en la obra de Roa Bastos, García Márquez y Carpentier. Para todos estos pensadores el fin del colonialismo marca el inicio de nuevas relaciones de dependencia postcolonial.

Naturalmente, hay distintas maneras de interpretar la experiencia colonial y postcolonial de las Américas. Inclusive hay quien ha argumentado con refinado esmero que el colonialismo en las Américas no es una realidad histórica, sino un “espejismo” creado por académicos en busca de agendas políticas dada la crisis del socialismo y del marxismo. No deja de ser revelador que este planteamiento presupone como patrón al colonialismo noreuropeo. Influenciado precisamente por los estudios postcoloniales metropoli-

tanos, Jorge Klor de Alva argumenta que el colonialismo tiene rasgos muy precisos que lo restringen al “modo de dominación directo e indirecto de un pueblo por otro” ejemplificado por la experiencia colonial de Inglaterra y Francia en África y Asia después del siglo XVIII. Según este criterio, entre el siglo 16 y el 18, salvo con respecto a ciertas poblaciones aisladas, no hubo colonialismo en las Américas. Si bien es muy cierto, como dice Klor de Alva, “que México no es otra versión de la India, ni Brazil es otro tipo de Indonesia, ni los latinos en Estados Unidos...son como los argelinos en Francia”, (1995: 247) esto no quiere decir que los habitantes de México, Brazil y los Latinos no hayan sido sujetos coloniales, solo si aceptamos, en primer lugar los criterios que Klor de Alva usa para definir al colonialismo. Aparte de que estos criterios no reconocen las variadas formas del colonialismo noreuropeo en África y Asia, lo establecen como el patrón universal para definir al colonialismo en sí. En vez de cuestionar los criterios a través de los cuales una historia local se convierte en modelo de la historia universal, obligando a que otras historias locales se midan en relación a ese patrón general, Klor de Alva acepta los términos de la discusión del colonialismo en los centros metropolitanos, convirtiendo la marginación de facto de las Américas de estas discusiones en una exclusión teóricamente justificada.

En otros textos he argumentado que este relegamiento de las Américas ha significado la omisión no solo de las complejas experiencias históricas de una amplia área geopolítica, que estableció modelos para la expansión colonial europea en otras zonas, sino también de una riquísima tradición de reflexiones sobre las persistentes relaciones de subyugación post-colonial (Coronil, 1997). Estas reflexiones han incluido estudios sobre el neocolonialismo, el colonialismo interno, la dependencia, y la cultura occidental, y más recientemente, sobre las relaciones de etnicidad, género y clase no solo en América Latina y el Caribe, sino entre la población latina en Estados Unidos. Sostengo, que sobre la base de estos estudios, la mucho más larga experiencia postcolonial de las Américas hace que su inclusión en los debates postcoloniales permita repensar el colonialismo y el imperialismo. El propósito de extender el horizonte histórico no es solo ampliar el campo de discusión sobre estos temas, sino refinar los términos en que se ha llevado a cabo.

Tomemos por ejemplo las fechas 1850-1950, el período discutido en el congreso sobre el imperialismo organizado por la

Universidad di Tella donde presenté una primera versión de este ensayo. Desde la perspectiva de los estudios postcoloniales metropolitanos, influenciados por la experiencia imperial noreuropea en Asia y África, mientras que 1850 marca el alba del colonialismo y del imperialismo que lo impulsaba, 1950 señala el crepúsculo de ambos. En

Hay quien ha argumentado con refinado esmero que el colonialismo en las Américas no es una realidad histórica, sino un "espejismo" creado por académicos en busca de agendas políticas dada la crisis del socialismo y del marxismo.

contraste, desde la experiencia de la América Latina y el Caribe, el siglo comprendido entre estas dos fechas marca el surgimiento de Estados Unidos como poder imperial hemisférico. Durante ese siglo, Estados Unidos desplaza tanto a España y Portugal, cuyos vínculos coloniales directos vieron su fin con los movimientos independentistas, como a Inglaterra, cuyo "imperialismo informal", ejercido fundamentalmente a través del dominio sobre

el mercado americano, vivió su auge durante la segunda mitad del siglo XIX. Desde una perspectiva basada en la historia de las Américas, familiarizada con los mecanismos imperiales informales, 1950 anuncia no el crepúsculo del imperialismo colonial, sino el amanecer de Estados Unidos como poder imperial ya no hemisférico, sino mundial. Es pues buena parte desde la experiencia de la América Latina y el Caribe que quisiera explorar la configuración del poder mundial en el período que va de la Segunda Guerra Mundial al presente, el lapso que ha visto el desplazamiento del término "imperialismo" por el de la "globalización".

IV. La globalización neoliberal y el Imperialismo Global

Entre los muchos trabajos que han analizado la configuración del poder mundial en el presente, quiero destacar uno escrito por uno de los intelectuales más lúcidos de la América Latina de los últimos tiempos. Se trata de un artículo del subcomandante Marcos titulado: "La cuarta guerra mundial ha empezado", publicado en *Le Monde Diplomatique* en 1997, escrito con su reconocida agilidad y humor. El artículo tiene tres virtudes que quisiera destacar.

Primero, Marcos evalúa la globalización neoliberal por sus efectos y la considera como una “guerra de conquista de territorios”, dejando a un lado criterios formales que definen a las guerras convencionales y privilegiando más bien a las consecuencias de las cambiantes modalidades del poder y la violencia.

Segundo, este trabajo reperiodiza la historiografía del siglo XX desde la perspectiva del sur. Marcos acepta la interpretación de la historiografía convencional sobre las dos primeras guerras mundiales como guerras imperiales que involucraron una redistribución de territorios y áreas de influencia por parte de los poderes metropolitanos. Pero rebautiza a la llamada “Guerra Fría” como la “tercera guerra mundial”, argumentando no solo que en realidad esta fue una guerra “caliente” que tomó la vida de 23 millones de personas en 129 conflictos armados, sino también que se combatió fundamentalmente en el llamado tercer mundo.

Tercero, haciendo gala de una fina sensibilidad metodológica, por medio de una selección de fragmentos, Marcos nos ofrece una comprensión de la globalización neoliberal como un todo. Presentando sus fragmentos como parte de un rompecabezas que hay que armar, Marcos evoca una epistemología performativa que contrasta con el objetivismo reflexionista que con frecuencia caracteriza la discusión con base en “modelos” o “mapas”. Aunque su análisis opera a través de fragmentos, lejos de celebrar lo fragmentario, como es común en los estudios postmodernos y postcoloniales, usa sus piezas para “armar” un todo. Su intento de armar el rompecabezas de la globalización es al mismo tiempo una invitación para reconocer su carácter inconcluso y seguir armándolo. En su rompecabeza no hay oposición, sino articulación entre las partes y el todo.

Sus siete piezas, fundamentadas en una breve pero adecuada documentación, contribuyen a dar una imagen del conjunto. Las primeras seis destacan la creciente polarización de la humanidad entre “ricos” y “pobres”, términos que usa como categorías muy generales. Los ricos, los sectores dominantes, ya no están organizados principalmente en relación con las unidades asociadas a la época moderna, como la Nación-Estado, el mercado nacional y las clases sociales domésticas. Los ricos, sin prescindir de sus vínculos nacionales, ahora forman redes transnacionales apoyadas por los estados metropolitanos y periféricos. Si bien todos los estados han sido sometidos a lo que Marcos llama un “strip-tease” que ha llevado a que

se despojen de sus funciones de beneficio social y protección al mercado doméstico, siguen ejerciendo más desnudamente sus funciones de control y represión social, sobre todo en los países más escindidos internamente.

Mientras que sus primeras seis piezas dan una imagen de la concentración del poder político y económico en “bolsillos” globales integrados entre sí, la séptima nos lleva a imaginar a la gran mayoría de los excluidos, que tampoco cuadran dentro de las categorías tradicionales, formando “bolsillos” de resistencia locales contra la dominación mundial. En respuesta a los bolsillos del poder global, Marcos celebra la proliferación de estos variadísimos bolsillos de resistencia dispersos a lo largo y ancho del globo.

Pensando la globalización neoliberal en buena parte desde las Américas e inspirado por el rompecabezas de Marcos, me propongo agregarle unas piezas. Mis piezas son solo unas notas fragmentarias que intentan esbozar la cara que asume el dominio en la época actual y pensar en la utilidad de identificarlo como una nueva forma de imperialismo: el imperialismo global.

V. Cinco piezas para armar el rompecabezas del imperialismo global

El imperialismo: utilidad del concepto

Como es sabido, no hay unanimidad sobre el tema del imperialismo. Convencionalmente el criterio que distingue al imperialismo moderno de formas anteriores de dominación entre pueblos es su relación con los estados nacionales y con el capitalismo. En su ya clásica proposición, Lenin vio al imperialismo como la etapa más alta del capitalismo definida por la competencia entre potencias capitalistas a través de monopolios y la exportación de capitales. Por su parte, Kaustky enfatizó más bien la alianza entre poderes imperiales y la explotación de los países más pobres. Su concepto de ultra-imperialismo ha sido aplicado a la época caracterizada por la emergencia de una alianza o un consenso entre poderes imperiales y la intensificación de conflictos entre el centro y la periferia.

Analistas contemporáneos han cuestionado la relevancia del concepto imperialismo para designar procesos de dominación en un mundo unificado por el mercado mundial. Para el historiador Eric Hobsbawm el imperialismo ha dejado de ser una categoría ana-

lítica válida dado el desarrollo de una economía transnacional que ya no es controlada siquiera por una asociación de gobiernos (1993). En su aclamado *Empire*, Negri y Hardt argumentan que el nuevo orden mundial marca el fin del imperialismo y el surgimiento del imperio, un nuevo sistema de dominación caracterizado por el predominio del mercado global, el ocaso de los estados naciones, y la polarización del mundo entre redes transnacionales y multitudes excluidas (2000).

Para Negri y Hardt el fin del imperialismo es la condición para la emergencia del “imperio” como la forma de poder de una nueva época. Bajo el imperio no existen estados imperiales en lucha por controlar el mercado o por conquistar poblaciones, sino un mercado global cruzado por redes transnacionales que ejercen poder sobre estados y pueblos. Así como la soberanía ha sido desplazada de los estados nacionales hacia nuevos agentes y lugares transnacionales, la lucha por la liberación está ahora en manos de una “multitud” sin restricciones territoriales. Para estos analistas, el imperialismo como categoría debe ser restringido a una relación entre estados naciones en una época limitada del desarrollo del capitalismo.

Desde distintas posiciones otros han defendido la relevancia del imperialismo para el presente. Para Harry Magdoff el imperialismo funciona más que nunca en un mercado global, solo que a través de una articulación distinta entre los estados y el capitalismo, caracterizada por el predominio de las fuerzas centrífugas del capitalismo (1993; 1978). Reconociendo también el impacto que ha tenido el mercado mundial sobre los estados, para Geyer el imperialismo es especialmente relevante para examinar las profundas fracturas internas de un mundo a la vez integrado y fracturado por procesos de colonización interna; para Geyer, la guerra es ahora civil, más que entre los estados (1993).

Hace años Hans Kohn observó que si todo colonialismo implica al imperialismo, no todo imperialismo implica al colonialismo (1958). La noción del imperialismo informal desarrollada en relación al estudio del imperialismo británico así como los numerosos trabajos que han enfatizado el carácter imperialista de la relación de Estados Unidos con la América Latina y el Caribe permiten pensar al imperialismo global como una forma de dominio ejercida predominantemente a través del mercado con apoyo estatal. Esta forma de imperialismo supone una alianza transnacional de los sectores dominantes de varios estados sobre poblaciones definidas

cada vez menos por su ubicación en territorios nacionales que por su posición en un espacio global crecientemente polarizado a nivel cultural y económico. Dentro de este orden mundial, los estados juegan un papel central, apoyando el despliegue del mercado y estableciendo relaciones, tanto competitivas como de alianza, de acuerdo a su desigual poder y distintos intereses e ideales.

En este contexto, el Estado de Estados Unidos juega un papel fundamental. En un artículo reciente, Leo Panitch se apoya en ideas de Poulantzas para sugerir que en la época actual el imperialismo se organiza bajo el poder hegemónico del Estado de Estados Unidos como el “nuevo Estado imperial”, es decir, como eslabón central de lo que Poulantzas denominó una “cadena imperialista” (2000: 9). De acuerdo a esta concepción, la hegemonía de Estados Unidos sobre otros estados metropolitanos se distingue de la ejercida por estados en otras épocas porque se desarrolla por medio de la generalización de su economía a nivel mundial. Como dice Panitch, esta hegemonía involucra, “un nuevo tipo de imperialismo no-territorial implantado y mantenido no por medio del dominio directo por la metrópolis, ni por medio de la subordinación política de tipo neo-colonial” sino más bien, citando a Poulantzas, induciendo el “establecimiento de relaciones de producción que caracterizan al capitalismo monopolista estadounidense y su dominio en el seno de otros centros metropolitanos” (2000: 9).

Estas ideas permiten decentrar y repensar tanto al capitalismo como al imperialismo a partir de una perspectiva desde las Américas. Una concepción global del desarrollo del capitalismo permite concebir al imperialismo también como un proceso global, no como una etapa superior del capitalismo, sino como una condición de su desarrollo. Ya el germen de esta idea la había planteado Haya de la Torre cuando indicaba que para la América Latina el imperialismo no era la etapa superior del imperialismo, sino la primera fase de su desarrollo capitalista. Pero no solo de su desarrollo capitalista, sino del desarrollo del capitalismo a nivel mundial. Esta concepción permite repensar las características que han definido al imperialismo (por ejemplo, la exportación de capitales o la competencia entre poderes metropolitanos) como procesos que ya estaban presentes en la colonización de las Américas, aunque naturalmente en forma distinta a como la teorizaron Lenin y Kautsky con base en otros referentes. Aun cuando no se trataba de la exportación de ca-

pitales de estados nacionales ni de la competencia entre ellos, ya la colonización de las Américas involucró la exportación de capitales tanto en forma de dinero, mercancías, y bienes de capital, así como la competencia entre poderes imperiales.

Con base en esta concepción amplia del imperialismo sugiero la utilidad de distinguir tres de sus modalidades: colonial, nacional, y global. Trazando distinciones con brocha gorda, diría que el imperialismo colonial consiste en el dominio de un imperio sobre sus colonias por medios fundamentalmente políticos; el imperialismo nacional caracteriza al control de una nación sobre naciones independientes por medios predominantemente económicos a través de la mediación de su Estado; y el imperialismo global identifica al poder de redes transnacionales sobre las poblaciones del planeta por medio de un mercado mundial sustentado por los estados metropolitanos dentro de los cuales Estados Unidos juega actualmente un papel hegemónico. Aun cuando estos conceptos denotan tanto a etapas como a tendencias dominantes de procesos históricos complejos, es necesario reconocer que es el carácter temporal del devenir histórico lo que permite pensar en continuidades y legados así como en innovaciones y rupturas. Es evidente que mientras que el imperialismo global puede estar presente en el colonialismo colonial solo en forma incipiente, el imperialismo colonial se hace presente en el imperialismo global a través de un rico legado institucional y de un sedimentado cauce de memorias. El imperialismo colonial fue posible antes del imperialismo global, y a la vez lo hizo posible.

Desde esta perspectiva, el imperialismo es una categoría que abarca un amplio horizonte histórico que incluye al colonialismo. Esta concepción contrasta con la de colegas que privilegian el colonialismo como categoría de alcance general. Tanto Aníbal Quijano, a través de su concepto de la “colonialidad del poder”(2000), como Walter Mignolo, quien se ha apoyado en ese concepto para desarrollar su concepción de la “diferencia colonial” (2000), consideran al colonialismo como el término clave para pensar la modernidad desde una perspectiva crítica. Por cuanto tanto el “colonialismo” como el “imperialismo” identifican a etapas históricas así como a sus legados, la elección de uno u otro concepto obedece menos a fijas líneas de periodización historiográfica que a flexibles líneas de investigación. Prefiero usar el término imperialismo por razones estratégicas a la vez que analíticas. En respuesta a la moda de los estudios coloniales en los

centros metropolitanos, cuya cara oscura ha sido cierto desdén por el estudio de la dominación imperial contemporánea, mi propósito es limitar el colonialismo al sometimiento de colonias formales y usar el imperialismo como categoría más inclusiva que permite enfocar el presente, reconociendo continuidades a la vez que diferencias.

Mi preferencia por precisar el campo histórico del colonialismo permite repensar “la colonialidad del poder”; el valioso concepto de Quijano. Según mi parecer, este concepto podría dar aún más provechosos frutos si lo distinguimos de otros modos de dominio imperial y evitamos relacionarlo con el poder como una categoría general. En este sentido, creo necesario invertir sus términos. Si reemplazamos el concepto de la colonialidad del poder por “el poder de la colonialidad”, creo que resistimos la inclinación de reificar al colonialismo o concebirlo como una forma inherente del poder y designamos más precisamente a las formas de dominio históricamente relacionadas con el colonialismo, incluyendo sus legados y epistemologías. Siguiendo el camino que ha trazado Aníbal Quijano con tanto brillo, como término más inclusivo sugeriría usar el concepto del “poder de la imperialidad”, cuyas manifestaciones históricas encontrarían expresión en sus modalidades coloniales, nacionales y globales.

Los sucesos del 11 de septiembre demuestran el íntimo entrecruzamiento entre prácticas y discursos coloniales e imperiales, la fusión entre el imperialismo colonial, nacional y global. En respuesta al ataque, el Estado estadounidense ha asumido la defensa de la nación usando recursos ideológicos que revitalizan a la maniquea oposición colonial entre la civilización y la barbarie, y al mismo tiempo ha desplegado una política militar y económica que promueve los intereses transnacionales de sus sectores dominantes. A la vez que sectores transnacionalizados han encontrado en su Estado el mejor apoyo, el Estado se ha apoyado en estos para consolidar un proyecto que es a la vez patriótico e internacional. En el juego político interno en Estados Unidos, la guerra ha fundido y confundido los intereses nacionales y globales.

Redefinición de las unidades geohistóricas: la relación entre Estado y mercado

El imperialismo global implica un reordenamiento y redefinición de las unidades geohistóricas básicas del imperialismo mo-

derno en términos que expresan un creciente predominio del mercado global sobre los estados nacionales. Desde el siglo XVI, estas unidades se han constituido a través de cambiantes relaciones entre estados y mercados. Lo que distingue al imperialismo global es que por primera vez el mercado mundial ejerce un papel dominante sobre los estados en su conjunto, condicionando sus funciones y determinando la formación de identidades colectivas dentro y fuera de sus fronteras. Como los sucesos de los días 11 de septiembre hacen evidente, esta relación, sin embargo, está mediada por los estados y en especial por los estados metropolitanos dominantes.

La generalización de relaciones capitalistas a nivel mundial y la concentración del capital en fluidas redes transnacionales integradas por sectores dominantes domésticos ha desplazado cada vez más al poder de estados nacionales anclados en territorios fijos. Los estados nacionales se relacionan con el mercado mundial condicionados en gran parte por el poder de sus mercados internos. Todos los estados tienen que adaptarse al mercado mundial, pero mientras que los estados del “sur” tienen que someterse a sus movimientos y a los dictados de las instituciones que lo representan (como el Fondo Monetario Internacional), los estados de las naciones metropolitanas tienen mayor capacidad de desarrollar políticas internas e internacionales que articulan los intereses domésticos dominantes con los del mercado globalizado.

Este ampliado poder del mercado refleja el grado creciente de abstracción de las unidades geopolíticas del imperialismo. En el imperialismo colonial estas unidades son imperios políticos, frecuentemente personificados a través de monarcas o corporaciones con identidades legales claras y ámbitos de acción bastante precisos, que ejercen dominio directo o indirecto sobre sus territorios y poblaciones de ultramar. En el imperialismo nacional, estas unidades son naciones independientes, surgidas del imperialismo colonial, vinculadas por relaciones económicas y políticas asimétricas a través de las cuales se mantienen relaciones de subordinación y dependencia. Tanto en el imperialismo colonial como en el nacional, el poder político se ejerce a través del control sobre territorios, cuyas fronteras son líneas trazadas por la mano jurídica del Estado sobre la geografía física, aprovechando en lo posible sus linderos naturales (como costas, ríos y montañas) y defendidas con celo por la mano armada estatal. Dentro de estas fronteras, que definen el ámbito

de las identidades imperiales, los estados, los cuales continúan ejerciendo considerable control sobre sujetos y bienes.

En el imperialismo global las unidades geopolíticas se definen por procesos que integran lo político-territorial con lo económico-global, es decir, el poder social es ejercido a través de estados y unidades económicas en un mercado globalizado que es cada vez más flexible en cuanto a sus formas de territorialidad. Todo pareciera indicar que en esta forma de imperialismo, lo fundamental no es tanto la relación del Estado con su territorio jurídico-natural, sino con nuevas formas de territorialidad social definida por los efectos del mercado mundial sobre poblaciones cuya localización espacial refleja la cambiante estructura asimétrica del mercado mundial. Si en los imperia- lismos coloniales y nacionales el predominio de los estados hace que la territorialidad sea un fundamento definitorio de unidades geopolíticas básicas, en el imperialismo global el predominio del mercado mundial –mediado por instituciones estatales y transnacionales, incluyendo empresas económicas, organizaciones no gubernamentales y comunidades de expertos– hace que la territorialidad exprese más bien la cambiante estructura del mercado a nivel mundial. Lejos de descartar a los estados, el imperialismo global se apoya en ellos, especialmente los metropolitanos. La globalización del mercado va unida no a la desaparición, sino a la redefinición del Estado y de sus relaciones con la economía. El papel dominante de Estados Unidos después del 11 de septiembre revela no solo el poder del Estado estadounidense, sino el peso mundial de su mercado nacional y de sus redes internacionales.

La estructura cada vez más polarizada del mercado crea zonas de desigual poder no solo entre naciones y regiones, sino en el seno de las mismas, desarticulando y fragmentando identidades colectivas formadas por medio de categorías identitarias cuyo sentido ha dependido principalmente de su articulación local en ámbitos geopolíticos limitados, como son la nacionalidad y las clases y culturas locales. En estas zonas se desarrollan también movimientos sociales organizados por luchas concretas, como los nuevos movimientos indigenistas en Ecuador y Perú, los Zapatistas en Chiapas los Sem Terra en Brazil y los Piqueteros en Argentina.

La creciente reorganización y abstracción de la división internacional del capital, el trabajo y la naturaleza

El imperialismo global implica una reorganización de la

division internacional del capital, el trabajo y de la naturaleza, en términos que reflejan la creciente hegemonía y abstracción del capital transnacional. El imperialismo colonial sentó las bases para una división internacional del trabajo, el capital y la naturaleza que definió a las colonias como productoras de mano de obra barata y de bienes primarios destinados a servir las necesidades de los centros metropolitanos. A la vez, los poderes metropolitanos se constituyeron en centros del saber y productores de bienes manufacturados.

Durante el período del imperialismo nacional, los estados nacionales buscaron romper este legado colonial o al menos superar sus límites a través de diversos mecanismos de protección estatal a la economía doméstica y al mercado interno. A pesar de esfuerzos por diversificar la producción local y por defender los precios de sus productos primarios básicos, estas políticas encontraron límites que obligaron a abandonar el proteccionismo y abrirse hacia el mercado libre mundial. El aumento de los precios petroleros de 1973 marca tanto el triunfo momentáneo de países petroleros al lograr valorar sus bienes primarios, como la capacidad de los centros metropolitanos de reorganizar patrones de producción a nivel mundial. El giro hacia el mercado libre y el endeudamiento de buena parte del tercer mundo encuentran su origen en el shock momentáneo causado por la crisis energética de los setenta.

En el contexto del imperialismo global se ha llegado al establecimiento de un patrón mundial de producción, financiamiento y consumo controlado por un número cada vez más reducido de conglomerados internacionales. Impulsado por el juego del libre mercado y de las ventajas comparativas, esta organización hace que los países del antes llamado tercer mundo

sean ahora el ámbito territorial donde capitales cada vez más móviles se especializan en la producción de mercancías intensivas de trabajo y de naturaleza, lo cual ha llevado a una reprimarización de sus economías, sin descontar enclaves de producción de bienes complejos, principalmente en países con mercados amplios como Brazil,

- * El imperialismo colonial
- * sentó las bases para una
- * división internacional del
- * trabajo, el capital y la na-
- * turaleza que definió a las
- * colonias como productoras
- * de mano de obra barata
- * y de bienes primarios
- * destinados a servir las ne-
- * cesidades de los centros
- * metropolitanos.

pero también en países más pequeños con políticas que favorecen la exportación.

El imperialismo global lleva a la generalización y abstracción del capital como la modalidad dominante de la riqueza. El mercado mundial se ha transformado de un ámbito de intercambio de bienes producidos en zonas geopolíticas territoriales a una red mundial de relaciones productivas, comerciales y financieras. Este proceso va marcado por una creciente homogeneización y abstracción de la riqueza medida en términos del capital, que ha conducido a la transformación creciente de todo bien en mercancías cada vez más fragmentadas en unidades comerciables no solo en el presente, sino en el futuro, como los derivados. Las finanzas, organizadas en flujos que integran distintas regiones geográficas así como a distintas temporalidades, someten a las estructuras productivas territorialmente ancladas en el presente a la presión de flujos financieros que articulan el presente y el futuro. Como ha señalado un banquero de Hong Kong, "Ya no es la economía real la que maneja los mercados financieros, sino los mercados financieros los que manejan la economía real". El capital, liberado de regulaciones estatales, se canaliza a través de derivados que han crecido exponencialmente: en 1997 fueron intercambiados por un valor de \$360 trillones de dólares, una cifra 12 veces mayor que el valor de toda la economía mundial (Coronil, 2000).

Apoiado por cambios en la informática y la tecnología, el trabajo, en su forma dominante, se organiza cada vez más de acuerdo a patrones colectivos que combinan no solo múltiples formas de trabajo variable manual e intelectual, sino crecientes modalidades de capital constante cada vez más capaces de contener y procesar información. La noción del "trabajador social", tal como la planteó Marx y la elabora Negri, sirve para pensar este cambio que hace menos relevantes a las distinciones entre trabajo productivo y no productivo, trabajo manual y trabajo intelectual, capital variable y capital constante. El trabajo es cada vez más abstracto, más general. En la medida en que la sociedad en su conjunto está organizada por la lógica del capital y que el trabajo adquiere un carácter colectivo, la explotación no puede ser medida exclusivamente a nivel de la extracción de plusvalía dentro de la fábrica. Dado el efecto polarizante del mercado, esta reorganización del trabajo globalizado en términos cada vez más colectivos y abstractos, sin embargo, va acompañada por la multipli-

cación de distintos regímenes de trabajo tanto en los márgenes de la economía formal como en el seno de la economía informal donde participan las mayorías excluidas de la economía globalizada. La globalización de la explotación ocurre a través de formas heterogéneas del trabajo, que incluyen la explotación de mano de obra barata tanto en el sur como en los centros. La abstracción del trabajo en las zonas transnacionalizadas de la economía va unida a la proliferación de modalidades informales e individuales del trabajo asociadas con lo “tradicional” e inclusive con lo colonial.

Al igual que el trabajo y el capital, bajo el imperialismo global la naturaleza se transforma en una modalidad cada vez más abstracta de la riqueza medida en términos del capital. Tratada como capital en el contexto de una economía mundial cada vez más desregulada, la naturaleza, en sus múltiples formas (la explotación de productos mineros y agrícolas, el turismo ecológico y “exótico”, etc.) se convierte en la ventaja comparativa más importante de la mayoría de los países del sur. En el contexto de un mercado global cada vez más abstracto, desterritorializado y liberado de anclajes nacionales, el debilitamiento de controles políticos en estos países, unido a la crecientemente desregulada competencia en sus mercados de capitales internacionalizados al mando de tecnologías cada vez más sofisticadas, lleva a una intensificación y reterritorialización de la explotación de la naturaleza (al igual que el trabajo) en las viejas zonas coloniales.

Los sujetos del imperio: alteridad y subalternidad

El imperialismo global implica una redefinición de los sujetos imperiales en términos que expresan el predominio del mercado sobre el Estado, de la movilidad sobre la territorialidad fija, y de la subalternidad sobre la alteridad. Los imperialismos coloniales y postcoloniales están fundamentados en una tensión entre el establecimiento por vía de la política de una diferencia básica entre los sujetos superiores del imperio occidental y los sujetos inferiores de sus dominios, y en la reducción de esta diferencia a través de procesos civilizadores. Esta tensión entre alteridad y equivalencia asimétrica ha dado pie a variados procesos de jerarquización y de asimilación a través de los cuales distintos imperialismos han definido a sus sujetos.

En el imperialismo colonial, los sujetos coloniales del Occidente son definidos en términos de una alteridad fundamental co-

mo salvajes localizados en lejanos territorios, como ocurrió durante el colonialismo ibérico, o como primitivos ubicados temporalmente en una etapa anterior de la evolución de la humanidad, como ocurrió durante el colonialismo nor-europeo. En el imperialismo nacional, esta alteridad se reproduce en forma atenuada a través de la estructuración de un orden mundial de naciones formalmente soberanas pero articuladas entre y dentro de ellas por relaciones profundamente asimétricas, las cuales a su vez se reproducen en el seno de las naciones, generando distintas formas de “colonialismos internos” (González Casanova, 1965; Stavenhagen, 1965).

A partir de la descolonización de Asia y África después de la Segunda Guerra Mundial, el “Tercer Mundo” emerge como una categoría general que agrupa a las heterogéneas ex-colonias en búsqueda de la “civilización” definida como “desarrollo” o “modernización”, sea por el camino capitalista del “Primer Mundo”, o por la vía socialista del “Segundo Mundo”. Con el fin de la Guerra Fría y con la hegemonía de la globalización neoliberal, este esquema de los tres mundos, surgido en los años cincuenta, se ha disuelto, dando lugar a otra manera de construir las diferencias entre el Primer Mundo o el Occidente y sus otros.

Bajo el imperialismo global, la representación dominante es la de un solo mundo, sin espacios externos por conquistar y sin imperios compitiendo por dominar los espacios geopolíticos existentes. En vez de una oposición radical entre un Oeste superior y sus otros inferiores, los discursos de la globalización neoliberal evocan la imagen de un proceso difuso disperso por todo el mundo, sin agentes imperiales y poblaciones sometidas. En este esquema, la construcción de identidades colectivas a nivel mundial viene determinada fundamentalmente por patrones de inclusión diferencial en el mercado globalizado. Las diferencias son concebidas no ya como el resultado de un proyecto político de unos estados, sino como un efecto económico de la actividad de los individuos, lo cual hace que la subalternidad predomine sobre la alteridad como el modo dominante de representar a las diferencias entre los sujetos sociales.

Bajo el predominio de la subalternidad, la alteridad queda sumergida pero no inactiva, como en un palimpsesto, matizando los discursos de la subalternidad y aflorando como tal en grietas del orden global, como ocurre durante saqueos y motines (Coronil y Skurski, 1991), o a través de movimientos étnicos y nuevos racismos

y fundamentalismos. La explosión del 11 de septiembre de 2001 hizo aflorar un discurso colonial que yacía sumergido bajo la retórica liberal moderna; los sedimentos del palimpsesto no están fijos, sino que se rearticulan constantemente según las corrientes de la historia.

En este nuevo orden, el Primer Mundo (“Europa” o el “Occidente”) se disuelve como unidad geohistórica con una base territorial y social limitada, pero a la vez se cristaliza en un espacio mundial bajo una forma menos visible pero más poderosa. Como si una vieja y perversa alquimia protegiera una vez más a los dominantes, el “Occidente” aparece ahora reencarnado con más fuerza que nunca en opacos conglomerados transnacionales que concentran en pocas manos gigantesco poder económico en estrecho apretón de manos con los estados metropolitanos. En este orden imperial, la ciudadanía nacional no es ya el campo determinante de formación de sujetos. Así como sus sectores dominantes incorporan en forma diferenciada a sujetos de todo el globo, sus mayorías están formadas por los también diferenciados subalternos de todas las naciones.

Dentro de los espacios hegemonizados por el imperialismo global, el dominio sobre los sujetos a través de operaciones disciplinarias relacionadas con instituciones reguladas por los estados en sus territorios nacionales, como la escuela, el hospital y la cárcel, se profundiza como resultado de la generalización de relaciones disciplinarias en todo el ámbito social y cultural. Si esto implica, como argumentan Deleuze, Negri y Hardt, el paso de la “sociedad “ a la “sociedad de control” –de la disciplina de instituciones al control de la cultura– habría que diferenciar dos modalidades de control: el control internalizado por medios sutiles en los ámbitos hegemonizados por el capital, y el control externamente impuesto por medios coercitivos sobre los excluidos por el mercado. La primera modalidad de control forma a los sujetos para el mundo unido por un mercado globalizado; la segunda se ejerce coercitivamente sobre sujetos formados en las fracturas y exclusiones de ese orden con el fin de mantenerlos aislados e inofensivos.

Saberes y disciplinas en el imperialismo global

El imperialismo global ha implicado un trastocamiento de los saberes organizados en disciplinas formadas en relación con las unidades geopolíticas del mundo moderno, haciendo más evidente las limitaciones de sus premisas, divisiones y categorías. El nuevo

orden global crea condiciones que llevan a la reorganización de los saberes en concordancia con los nuevos patrones de integración tanto a nivel de la geopolítica como de los mismos conocimientos. Si estas condiciones conducen a la organización de saberes cada vez más globales, con limitaciones relacionadas con la corporativización creciente de las universidades, también abren espacios para desarrollar formas más universales del conocimiento.

A partir del siglo XIX, los saberes sociales se han organizado por medio de disciplinas académicas desarrolladas fundamentalmente en los centros imperiales europeos y en Estados Unidos. Como ha señalado el reporte de la comisión Gulbenkian, en el siglo XIX cinco países producían casi el total de los saberes académicos, divididos entre humanidades y las ciencias sociales y naturales; los conocimientos sociales se enfocaban fundamentalmente en sus propias realidades (Wallerstein, *et al.*, 1996). Este esquema fue modificado a partir de la Segunda Guerra Mundial, dando pie a una división disciplinaria que repartía entre “los tres mundos” a las distintas disciplinas; si en sus inicios la antropología había sido la ciencia de la alteridad, especializada en los primitivos y los salvajes, a partir de 1945 se convirtió en la ciencia del tercer mundo, enfocada en el estudio de sociedades “tradicionales”.

A pesar de su carácter hegemónico, la división de las disciplinas a partir de 1945 ha estado acompañada por esfuerzos importantes por evaluar sus logros y criticar sus limitaciones. Críticas recientes han cuestionado a la división triangular del conocimiento así como al carácter eurocentrico del mismo. Trabajos producidos tanto dentro de las disciplinas como contra ellas han criticado su papel en reproducir el orden cultural dominante. Estas críticas han hecho evidente que sus premisas y fundamentos –por ejemplo el contraste entre lo natural y lo cultural, el pasado y el presente, lo temporal y lo espacial, lo objetivo y lo subjetivo– deben ser interrogadas en vez de asumidas. A través de la atención que se le ha prestado a la relación poder/conocimiento, estas críticas también han interrogado a los postulados universales de teorías y conocimientos regionales.

Junto con los estudios postmodernos, los estudios culturales, feministas, y postcoloniales han aportado una importante contribución a este desarrollo. La inclusión de los excluidos no solo añade al conocimiento las experiencias de la multiplicidad de pueblos del mundo, sino también hace más evidente las exclusiones de

esquemas regionales y posibilita el desarrollo de modos de conocimiento cada vez más incluyentes. Los saberes críticos desarrollados en los centros metropolitanos en los últimos veinte años expresan una tensión entre la crítica al pensamiento occidental y la reproducción de una visión “occidentalista” del mundo. Estos saberes participan cada vez más de la construcción del “sentido común” académico actual, creando tanto posibilidades como límites para el desarrollo del conocimiento crítico.

Si fuéramos a caracterizar estos distintos saberes a través de contrastes simplificadores, diríamos que en respuesta a la crítica de los metarelatos modernistas y sus variados fundamentos teóricos, los nuevos saberes privilegian interpretaciones más acotadas que enfatizan el juego entre múltiples dimensiones de la realidad y destacan el carácter contingente, parcial e indeterminado del acontecer histórico. Si fuéramos a personificar esta contraposición de saberes, podríamos señalar que implica un desplazamiento de Marx a Nietzsche, de Gramsci a Foucault, de Althusser a Derrida. Si fuéramos a destacar el reordenamiento de influencias entre las disciplinas, diríamos que los estudios lingüísticos y literarios ahora ocupan el espacio que antes había asumido la economía política. Si contrastamos sus categorías analíticas dominantes, notaríamos un paso del lenguaje al habla, de “clases sociales” al “discurso”, de lo colectivo a lo individual, de estructuras objetivas a formaciones subjetivas, del sujeto como actor al sujeto como efecto, de unidades discretas a híbrideces entre ellas. En cuanto a sus estrategias narrativas, distinguiríamos entre las explicaciones totalizadoras asociadas a la modernidad y los recuentos fragmentarios del postmodernismo. En cuanto a su enfoque, habría que señalar un movimiento de lo profundo a la superficie, de lo subyacente a lo visible. En cuanto a modos de explicación, diríamos que involucran un énfasis ya no en relaciones de causalidad y determinación sino en el entrecruzamiento contingente e indeterminado de múltiples factores. El tono de los nuevos saberes se caracteriza ya no por la pasión y la certidumbre, sino por la ironía y la duda. Esta enumeración algo caricaturesca de contrastes podría ampliarse, pero lo esencial es que los nuevos saberes se han elaborado en oposición a lo “moderno”, aun cuando en algunos casos estas distintas corrientes sean entrelazadas y sus contrastes sean más atenuados.

El universo histórico de este campo de saberes ha sido definido por la experiencia de los países metropolitanos, sobre todo los

anglosajones. Este predominio de una región del mundo es especialmente evidente en los estudios postcoloniales y subalternos, que ha sido definido fundamentalmente por la experiencia de Europea noroccidental en África y Asia en los siglos XIX y XX. El trabajo de Edward Said, uno de los figuras más importantes de este campo, es emblemático en este sentido, pues se enfoca en la experiencia colonial británica y francesa del siglo pasado al presente, abarcando un área geográfica que va de Algeria a India. Como Peter Hulme ha notado, cuando Said habla de Estados Unidos como un poder imperial, examina su papel como poder imperial después de la Segunda Guerra Mundial, sin tomar en cuenta su origen como una colonia de población de británicos, españoles y franceses, el proceso de colonialismo interno a través del cual la población nativo-americana fue sometida, y sus designios imperiales en las Américas y el resto del mundo desde finales del siglo XIX hasta el presente.

Tal vez el caso más relevante para la América Latina sea el Grupo de Estudios Subalternos de Surasia, fundado en los ochenta, que ha dado nuevo impulso a los estudios coloniales y ha servido de modelo o al menos de inspiración para el desarrollo del Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericano. El grupo liderado al principio por Ranajit Guha ha visto una evolución desde la inspiración gramsciana de sus orígenes, cuando buscaba integrar de algún modo a la cultura y la economía política, hacia trabajos cada vez más influenciados por Foucault y Derrida, que enfatizan más bien la separación de estos campos o a lo sumo la necesidad de manejarlos alternativamente, como ha dicho Prakash, como si se jineteara a la vez a dos caballos independientes. Aun cuando este grupo ha expandido considerablemente su campo de investigación, del estudio de campesinos hacia otros sectores, su marco teórico se ha polarizado hacia lo discursivo, y sus referencias geográficas y temporales siguen señaladas por un predominio de estudios históricos sobre el impacto en la India del colonialismo británico. Aun cuando estaban inspirados originalmente por las limitaciones del proyecto nacional después de la independencia en 1947 (como se evidencia en la ya clásica formulación de Rajanit Guha “the failure of the nation to come into its own”, es decir, “el fracaso de la nación de realizarse como tal”), estos trabajos, concentrados en la época colonial, no han tratado con igual atención a los efectos del poder ejercido por Inglaterra y Estados Unidos en el período propiamente postcolonial.

El Grupo de Estudios Subalternos Latinoamericano nació de la búsqueda de un modelo alternativo después de las derrotas políticas de los setenta (Beverly, 1999: 5). Si bien el Grupo de Estudios Subalternos del Sur de Asia le ha servido de inspiración y ha ayudado a desarrollar trabajos importantes, ha sido menos útil para cumplir con aquel propósito del grupo que concuerda con una constante preocupación del pensamiento latinoamericano: estudiar la “dominación y la subordinación no solo en el pasado sino también en el presente” (Beverly, 1999: 7). La cuestión es desarrollar categorías para perseguir este fin.

VI. A modo de conclusión

Se trata no solo de ver lo que no se ha visto, sino de ver como no se ha visto. Creo que la inclusión de reflexiones sobre y desde las Américas servirá para integrar el estudio de distintas modalidades de dominación en el pasado y en el presente, pero solo en la medida en que ayude a superar los límites y las polarizaciones conceptuales que caracterizan en la actualidad a los estudios culturales y postcoloniales en los centros metropolitanos y en sus áreas de influencia —su sentido común hegemónico—. Para ello es necesario no solo observar la experiencia de las Américas de acuerdo a las ópticas postmodernas y postcoloniales, sino transformar esas perspectivas por medio de una confrontación con la experiencia de las Américas y sus riquísimas reflexiones. Si hasta ahora la crítica del Eurocentrismo ha servido para desmistificar al conocimiento producido en un mundo colonizado por Europa, en la coyuntura actual la crítica de lo que he llamado “globocentrismo” debe desmontar a los discursos y conocimientos a través de los cuales se ejerce el poder y se establecen diferencias en un mundo globalizado y dominado por nuevos centros de poder (Cornil, 2001). Al mismo tiempo, esta crítica, nutriéndose de las múltiples respuestas que desde variadísimos “bolsillos de resistencia” está encontrando el imperialismo global, serviría para entrelazarlas.

Estos fragmentos sobre el imperialismo global intentan contribuir a este objetivo. Aspiro que una concepción amplia del imperialismo ayude no solamente a expandir la discusión sobre la globalización y el imperialismo, sino a redefinir sus términos. Toda discusión terminológica corre el riesgo de desplazar la discusión de realidades concretas hacia estratósferas semánticas donde el mundo de

pronto aparece distante y claro a la vez. Tal vez se pueda reducir ese riesgo aterrizando en los campos de lucha de la historia, donde las palabras participan en la realización de distintas visiones de lo posible y cargan con el sentido de sus consecuencias. Con respecto a esta responsabilidad de la palabra frente a la historia, el artículo de Marcos sobre la cuarta guerra mundial es también ejemplar. Marcos no menciona al imperialismo por nombre, a pesar de que no hace sino hablar de él y reaccionar contra sus efectos. Valga recordar la conocida observación de Jorge Luis Borges sobre la ausencia de camellos en el Korán: un hecho tan familiar que no requiere ser nombrado prueba la autenticidad del texto. Mientras el imperialismo siga vigente, ojalá en el campo académico la ausencia del imperialismo como categoría llegue a expresar el sentido común con el que lo confrontamos y no los silencios del sentido común imperial.

NOTAS

1. Este ensayo es una versión revisada de un trabajo que presenté en la conferencia "Repensando el imperialismo", organizada por la Universidad Torcuato Di Tella. Mi agradecimiento a los organizadores de la conferencia, y muy especialmente a Ricardo Salvatore, cuyas agudas observaciones me ayudaron a mejorar el presente ensayo.

BIBLIOGRAFÍA

BEVERLY, John,
1998 "Subalternity and Representation. Arguments in Cultural Theory", Duke University Press, Durham.

CORONIL, Fernando,
1995 "Transculturation and the Politics of Theory: Countering the Center, Cuban Counterpoint", Duke University Press, Durham.

"Introduction to Cuban Counterpoint Tobacco and Sugar", Duke University Press, Durham.

1999 "Más allá del occidentalismo: hacia categorías geohistóricas no imperiales". *Casa de las Américas*, N°214, La Habana, (pp. 21-49).

2000 "Towards a Critique of Globalcentrism: Speculations on Capitalism's Nature", *Public Culture*, (pp. 351 y 374).

CUMINGS, Bruce,

1993 "Global Realm with no Limit, Global Realm with no Name", *Radical History Review*, (pp. 46, 59).

EAKIN, Emily,

2002 "All Roads Lead to D.C." *New York Times*, March 31.

GEYER, Michael,

2000 "Concerning the Question: Is Imperialism a Useful Category of Historical Analysis?", *Radical History Review*, (pp. 65, 72).

HOBBSBAWM, E. J.,

1993 "Addressing the Questions." *Radical History Review*, (pp. 73, 75).

HULME, Peter,

1996 "La teoría poscolonial y la representación de la cultura en las Américas", *Casa de las Américas*, La Habana, (pp. 3, 8).

JOSEPH, Gilbert,

1998 "Towards a New Cultural History of U.S. – Latin American Relations", in *Close Encounters of Empire*, Yale University, Pensilvania.

1994 "Writing the Cultural History of U.S.– Latin American Relations", Duke University Press, Durham.

KOHN, Hans,

1969 "Nationalism and Imperialism in the Hither East", Fertig, New York.

KLOR DE ALVA, Jorge,

1992 "The postcolonization of the Latin American Experience: A Reconsideration of 'Colonialism'", *Colonial American Review*, Pensilvania.

"Postcolonialism and Mestizaje. After Colonialism", *Imperial Histories and Postcolonial Displacements*, Ed. Gyan Prakash Princeton, Princeton University Press, (pp. 240, 275).

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo,

1965 "Internal Colonialism and National Development", *Studies in Comparative International Development*, (pp. 27, 37).

LENIN, V. I.,

1950 "Imperialism. The Highest Stage of Capitalism. Moscow", *Progress Publishers*.

MAGDOFF, Harry,

1993 "Comments on Imperialism." *Radical History*, (pp. 76, 81).

1978 "Imperialism: From the Colonial Age to the Present", *Monthly Review Press*, New York.

MARCOS, Subcomandante,

1997 "La 4e Guerre Mondiale a commencé", *Le Monde diplomatique*, Paris.

MIGNOLO, Walter,

2000 "Local Histories, Global Designs. Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking", Princeton University Press, New Jersey.

PANITCH, Leo,

2000 "The New Imperial State", *New Left Review*, 2, (pp. 5, 20).

NEGRI, Toni y Hardt, Michael,

2000 *Empire*, Paidós, Barcelona.

QUIJANO, Anibal,

"Colonialidad y modernidad-racionalidad", En *Los conquistadores*, editado por Heraclio Bonilla, Tercer Mundo, Bogotá, (pp. 437, 470).

2000 "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina", *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, Edgardo Lander, CLACSO, Buenos Aires, (pp. 201, 246).

SAID, Edward,

1993 "Culture and Imperialism", Knopf, New York.

STAVENHAGEN, Rodolfo,

1965 "Classes, Colonialism and Acculturation. Essay on a System of Inter-ethnic Relations in Mesoamerica", *Studies in Comparative International Development*, (pp. 53, 77).

WALLERSTEIN, I., C. Juma, E Fox-Keller, J. Kocka, D. Lecourt, VY. Mudimbe, K. Mushakoji, I. Prigogine, P.U. Taylor, M R-Trouillot,

1996 "Open the Social Sciences. Report of the Gulbenkian Commission on the Restructuring of the Social Sciences Stanford" Stanford University Press, California.

**Comentario
Internacional**

Número 5
I semestre 2004

132

Tema Central
Fernando Coronil

* Profesor University of Michigan, USA.